

LEMM, Vanessa, *La filosofía animal de Nietzsche. Cultura, política y animalidad del ser humano*, trad. Diego Rosello, Santiago de Chile: Universidad Diego Portales, 2010. 377 p. ISBN 978-956-314-096-5.

Desde sus inicios, el pensamiento occidental ha definido al hombre como un “animal político (*zôon politikôn*)” y como un “animal con lenguaje (*zôon logon ekhon*)”.¹ Podríamos decir que una vez enunciado este principio –que efectúa la fractura metafísica fundacional–, la filosofía se abocó a la tarea de ignorar la duplicidad constitutiva de lo humano orientando la totalidad de sus investigaciones en la dirección exclusiva de la *humanitas*. A lo largo de toda su historia, la tradición ha trabajado para olvidar, y hasta para extirpar, lo animal del hombre como si se tratara de un órgano mal trasplantado y no de una realidad tan propia como su racionalidad. Sin embargo, con el despertar contemporáneo de los debates biopolíticos, esta metafísica de la *humanitas* ha comenzado a ser cuestionada críticamente, y la animalidad de lo humano ha recuperado su legítimo lugar en la reflexión filosófico-política. En este contexto aparece *La filosofía animal de Nietzsche. Cultura, política y animalidad del ser humano*. En el transcurso de sus casi cuatrocientas páginas Vanessa Lemm deja asentado que si la filosofía –desde Martin Heidegger hasta Giorgio Agamben, desde Michel Foucault hasta Roberto Esposito, y desde Jacques Derrida a Peter Sloterdijk, pasando por Max Horkheimer y Theodor Adorno– ha vuelto a interrogarse por la máxima aristotélica y sus posibles derivaciones, lo ha hecho sin lugar a dudas en la estela de Nietzsche. Es su impronta decisiva lo que todos estos pensadores heredan y retoman, para continuarla y extraer de ella todas sus consecuencias, cuando no para traicionarla, como quizás haya hecho Heidegger.

Este volumen –que los lectores de habla hispana esperaban desde 2009, cuando apareció su primera versión en lengua inglesa– no se limita a ser una mera traducción. La autora aprovecha la ocasión para incorporar los aportes de colegas latinoamericanos –como Mónica Cragolini, José Jara o Scarlett Marton– que, de manera más directa o más tangencial, se dedican al problema de la animalidad en la obra de Nietzsche. Lamentamos, sin embargo, que el índice de conceptos y autores –herramienta siempre tan útil– haya sido suprimido de esta edición.

La filosofía animal de Nietzsche se añade a una serie de estudios ya consagrados que analizan el estatus de los animales en distintos discursos filosóficos. Pero Lemm se separa de pioneros como *Le silence des bêtes. La philosophie à l'épreuve de l'animalité*, de Élisabeth de Fontenay (Paris: Fayard, 1998) o *L'animal autobiographique. Autour de Jacques Derrida*, (ed. Marie-Louise Mallet, Paris: Galilée, 1999) –la publicación del coloquio de Cerisy-la-Salle de 1997 dedicado a la obra de Derrida y, oblicuamente, al problema del animal– por la especificidad de su tema: como su título indica, el objeto del libro es pura y exclusivamente la filosofía de Friedrich Nietzsche. Aunque Lemm revisa este material previo en diferentes momentos de su exposición –por ejemplo, rectifica la interpretación que De Fontenay hace del silencio animal y sigue a Derrida en ciertos aspectos–, y aunque plantea relaciones con un número considerable de otros autores, Nietzsche nunca deja de ser el foco principal de su trabajo. *La filosofía animal de Nietzsche* ofrece el primer tratamiento sistemático de la animalidad y explora las dimensiones de la animalidad del ser humano en el pensamiento del filósofo del eterno retorno. Con lo cual, además de intervenir efectivamente en el campo emergente de los llamados “*animal studies*”, también elabora una interpretación sólida y original que transforma y actualiza la recepción de Nietzsche.

La filosofía animal de Nietzsche también se diferencia de quienes han considerado a la animalidad como un simple recurso retórico de los escritos nietzscheanos. Abundan los ejemplos de textos recientes que siguen esta línea interpretativa en la que se encuentra el Bestiario Nietzscheano editado por Christa Davis Acampora y Ralph R. Acampora, *A Nietzschean Bestiary. Becoming Animal Beyond Docil and Brutal* (Lanham/Oxford: Rowman & Littlefield, 2004) del que la misma Lemm participa con un ensayo sobre el *Übermensch*. Pese a

¹ Aristóteles, *Política*, 1253a 4 y 9-10.

que, tanto en la introducción como en los capítulos que están a su cargo, los editores deconstruyen el antropocentrismo que suele filtrarse en ciertas lecturas sobre la apuesta metafórica que lleva a cabo Nietzsche en su “*feral philosophy*” (cf. p. 2), la mayoría de los artículos concibe a los animales nietzscheanos con referencia a lo humano. Tal vez por eso, aunque esta compilación resulta insoslayable a la hora de plantear el modo en que deben ser interpretadas las figuras animales en Nietzsche, Lemm prácticamente no la tiene en cuenta y de los veintitrés colaboradores que participan de ella, *La filosofía animal de Nietzsche* sólo rescata a seis. Dos aparecen únicamente como parte de la bibliografía,² y si bien dialoga con los otros cuatro, en estas discusiones no hace referencia a los artículos del bestiario sino a otros textos.³

Como sostiene Bachelard, “sólo “un lector [...] deformado por el intelectualismo plantea el pensamiento abstracto antes que la metáfora, un lector que cree que escribir es encontrar imágenes para ilustrar pensamientos”.⁴ Sería altamente improbable que una filosofía que “supera” la oposición entre contenido y forma procediera, cuando quiere expresarse, como quien va a buscar adornos al almacén de imágenes. Los conceptos –y no olvidemos que para Nietzsche todos los conceptos son metáforas (cf. «Sobre verdad y mentira en sentido extramoral»)– no son figuras abstractas que *a posteriori* se aplican a la vida; los conceptos –es decir, los nombres– surgen en el juego de fuerzas de la vida misma. Quizás esta sea la causa de que, a la hora de elegir influencias –si es que algo así puede decidirse–, Lemm prefiera continuar el trabajo de otros autores, entre los que se destaca especialmente la figura de Margot Norris. Iluminando ciertos aspectos de la filosofía nietzscheana –como la valoración de la corporalidad y la celebración de la experiencia inmediata– *Beast of the Modern Imagination. Darwin, Nietzsche, Kafka, Ernst and Lawrence* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1985) inscribe a Nietzsche en una “tradicción biocéntrica” para la cual la cultura no responde a una voluntad antropotécnica, a un intento de separarse y cortar el vínculo con la *animalitas*, sino que es un producto de esa misma animalidad. El esfuerzo teórico de pensar el modo en que ciertos personajes de nuestra cultura crean *en tanto que* animales y no *a la manera* de los animales presenta una íntima afinidad con la tesis de Lemm, para quien el animal no es una simple estrategia retórica en los escritos de Nietzsche. Según expresa Lemm en la Introducción de su libro, en el animal debe detectarse uno de los elementos decisivos para la renovación necesaria –tan proclamada por Nietzsche– de la práctica y del sentido de la filosofía misma. Para la autora, el animal es fundamental como diagnóstico y como pronóstico: por un lado, permite identificar la continuidad denegada entre la forma de vida animal y la humana, y el sometimiento de la primera que caracteriza a las formas de sujeción propias del gobierno biopolítico; por otro, al mismo tiempo que anticipa las terribles consecuencias a largo plazo de esta opresión, brinda las condiciones para pensar una alternativa que subvierta el control de los procesos vitales “en pos de una pluralización permanente de formas de vida inherentemente singulares” (cf. p. 20). Como sostiene en la entrevista que junto a Miguel Vatter le hace a Esposito en 2009, la construcción de nuevos conceptos políticos depende de la producción de nuevas formas de existencia.⁵

La filosofía animal de Nietzsche reconstruye la estructura de la denuncia nietzscheana en paralelo con su proyecto terapéutico. El volumen se compone de una introducción, seis capítulos y una conclusión. “Cultura y civilización”, el primer capítulo, aborda el antagonismo

² Me refiero a Jennifer Ham y Paul S. Loeb. Para hablar con rigor, ambos autores también son mencionados en sendas notas a pie de página donde se señala alguno de sus trabajos –no los del *Nietzchean Bestiary*– sin caracterizarlo ni positiva ni negativamente.

³ Lemm contrasta sus interpretaciones –especialmente aquellas que elaboran la cuestión central del segundo capítulo, “Política y promesa”– con las de Lawrence Hatab, Alan Schrift y Gary Shapiro. Finalmente, a Christa D. Acampora le agradece los aportes de un seminario dictado en la Universidad de Nueva York, en virtud de los cuales su lectura de la *Genealogía de la moral* adquirió nuevas perspectivas, cf. p. 11.

⁴ G. Bachelard, *El aire y los sueños*, Buenos Aires: FCE, 1958, p. 176.

⁵ Cf. “Biopolítica y Filosofía: Roberto Esposito entrevistado por V. Lemm y M. Vatter”: *Revista de Ciencia Política* XXIX 1 (2009), 133 -141.

entre la *Kultur*, entendida como cultivo y educación, es decir, como el ámbito intelectual y espiritual de una sociedad, y la *Zivilization*, que alude a las condiciones materiales y prácticas de la vida de una sociedad. En tanto que Nietzsche concibe a la civilización como domesticación, doma o cría, ésta representa un proceso de mejoramiento moral cuya condición de posibilidad es la denegación violenta de lo animal en el hombre. La apuesta hermenéutica fuerte que lleva a cabo este capítulo –que tiene a Norris como precursora innegable– apunta a verificar que según la visión nietzscheana, la cultura no es un fenómeno racional y moral sino un acontecimiento del orden de lo vital, y que aquello que la vuelve interesante es precisamente el hecho de ser engendrada por la animalidad y no –como la tradición occidental del humanismo y de la ilustración asumen– porque constituye el medio a través del cual la humanidad se emancipa de su condición animal. El animal humano deberá recuperar la plenitud perdida durante su domesticación, pero esto sólo podrá concretarse superando el desafío paradójico de generar formas de vida y de pensamiento que no sean formas de poder sobre la vida animal. Esta cultura redimida, sin embargo, no supone una afirmación unilateral y absoluta de las fuerzas animales, sino el restablecimiento de un antagonismo productivo entre éstas y las fuerzas humanas. De la misma manera, la voluntad de poder debe comprenderse a partir del conflicto entre memoria y olvido, fuerzas equiprimordiales de la vida que explican, al mismo tiempo, la relación entre naturaleza y cultura. Esquemáticamente, Lemm identifica al animal con el olvido, al hombre con la memoria, y al ultrahombre con la promesa, teniendo en cuenta que las relaciones entre estas tres figuras no son estáticas ni autónomas sino agonísticas e interdependientes, y que, por lo tanto, no pueden separarse en distintos estadios evolutivos (cf. p. 18 y 51). Al establecer una relación jerárquica y, en última instancia, excluyente, entre las fuerzas animales y las humanas –o entre la memoria y el olvido–, la civilización obtura las posibilidades creativas de la confrontación agonística. Según Lemm, Nietzsche confía en que la cultura podría recuperar la exuberancia animal a través de la libertad y la creatividad de los sueños. No obstante, la vida onírica no implicaría un retorno romántico a la naturaleza sino una forma de resistencia contra la exacerbación de la racionalidad y de la conciencia humanas. En los sueños, Nietzsche descubre la promesa de una liberación que no puede alcanzarse mediante la superación la animalidad sino a través del abandono de formas demasiado humanas de moralidad y racionalidad” (p. 43).

Esta libertad siempre por venir es el objeto del segundo capítulo, “Política y promesa”. En él, Lemm demuestra que la noción nietzscheana de responsabilidad permite comprender el vínculo entre política y animalidad más allá de la dominación. Al otorgarle al animal en el hombre un rol positivo, Nietzsche sienta las bases para concebir nuevas formas sociopolíticas de vida. Frente a otras lecturas que consideran la promesa del individuo soberano como un antecedente de los totalitarismos o, en el mejor de los casos, como una propuesta antipolítica, Lemm afirma que este cultivo de la singularidad constituye el acceso a diversas y múltiples maneras, inéditas en el presente, de asumir la alteridad, y en consecuencia, la coexistencia política.

Esta dimensión política del pensamiento nietzscheano adquiere mayor alcance y profundidad en el capítulo 3, “Cultura y política”, donde Lemm distingue “la economía de la civilización” de “la economía de la cultura”. La primera representa “un enfoque de explotación con respecto a lo animal” y determina la normalización del individuo; la segunda ampara a lo animal, posibilitando la pluralización de la vida humana. En uno de los puntos cruciales de este capítulo, la autora sostiene que ciertas declaraciones controversiales de Nietzsche –como la afirmación de que el desarrollo de una cultura superior requiere alguna forma de esclavitud (cf. GC §377)– se explican en virtud de esta economía doble. Si bien Nietzsche considera que la vida en sociedad, e incluso el mismo devenir de la vida, exigen cierto grado de constricción, no aprueba bajo ningún punto de vista que la economía de la civilización ejerza ilimitada y unilateralmente estas técnicas restrictivas. Lemm señala que, en detrimento de la potencia creativa de la vida, “el animal humano es transformado en una máquina por las ideologías políticas de masas y sus economías”, pero que Nietzsche advierte que dicha “economía de uso al límite puede llegar a generar la tensión necesaria para provocar un contramovimiento que supere ‘esta nueva forma de esclavitud’ y conduzca a un cultivo de formas de vida superiores y más libres” (p. 143).

Estableciendo los términos de una posible conversación entre los textos de Nietzsche, los de Derrida y los de Arendt, el cuarto capítulo, “Don y perdón” plantea el nexo que entreteje el olvido animal con la justicia. Siguiendo los pasos de Derrida, Lemm plantea que por pensar la alteridad en términos de ‘perdón’, la economía de la civilización es incapaz tanto de romper con el círculo de la venganza como de establecer con el otro una relación no utilitaria, respetuosa de la singularidad. En efecto, el perdón presupone la superioridad moral del que perdona con respecto al perdonado. El don, en cambio, posibilita una nueva concepción de la justicia. Al asumir al otro asimétricamente, en un vínculo que no implica igualdad sino que mantiene en relación a quienes sólo tienen en común aquello mismo que los separa –o, en otras palabras, el abismo de su propia diferencia– el don prioriza al otro.

En el capítulo 5, “Animalidad, historicidad y creatividad” la autora analiza la segunda *Consideración intempestiva* con el fin de mostrar el papel del olvido animal en el desarrollo de la historiografía, concebida como una disciplina artística. El olvido reinterpreta el pasado de manera continua y dinámica, resignificando el sufrimiento como posibilidad de inspiración futura. Mientras que para la interpretación tradicional de la Historia el pasado es algo inmutable que simplemente se lamenta y se resiente, para Nietzsche es el elemento productivo –ya que se trata de un olvido que deconstruye la oposición entre pasividad y actividad– que hace posible un nuevo comienzo. Lemm continúa y completa esta propuesta en el último capítulo, “Animalidad, lenguaje y verdad”. Allí equipara la memoria humana con la mentira, y el olvido animal con la verdad. Mientras que los animales en tanto tales viven sumergidos en la verdad del momento, en un presente eterno y ahistórico que les impide engañar o engañarse, los humanos experimentan la memoria de su pasado como una carga intolerable de la que muchas veces preferirían desembarazarse. Como seres históricos, los hombres viven en un “tiempo imperfecto”, incapaces de la honestidad que caracteriza a las bestias (cf. pp. 270-271). Feliz en su ceguera, el animal “se concentra en su juego, entre las vallas del pasado y del futuro” sin necesidad ni deseo de negar nada.

En gran parte, este capítulo está dedicado a la exégesis de “Sobre verdad y mentira en sentido extramoral”, donde Lemm encuentra, junto a la crítica nietzscheana a la noción metafísica de verdad, el eslabón que articula la relación entre verdad y animalidad. Se trata de otra clase de verdad que, por contraste, desacredita ese impulso que conduce a los humanos a arrojarse al lenguaje como un modo de superar cualitativamente su animalidad constitutiva. Al pensamiento conceptual (*Begriffdenken*) y al lenguaje abstracto, Lemm opone el pensamiento pictórico (*Bilderdenken*) y la “metáfora intuitiva” (*Anschauungsmetapher*). Como haces de impresiones inmediatas, estas metáforas capturan la experiencia primordial, irreductible e incommunicable, que los animales tienen del mundo. Según Lemm, más que desenmascarar el carácter arbitrario y contingente de ese conjunto de redes conceptuales, reguladoras e imperativas, que los hombres llaman “verdades”, “Sobre verdad y mentira” pretende subrayar el privilegio del pensamiento pictórico por sobre el conceptual. La ventaja del pensamiento pictórico radica en que “reconecta al ser humano con el impulso vital fundamental de generar imágenes y fantasías oníricas” (p. 278), revelando, igual que el olvido, la continuidad que, en el fondo de la existencia, subyace entre la vida animal y la humana. De este modo, Nietzsche abre la posibilidad de pensar un nuevo paradigma de verdad distinto al del *logos* metafísico: tanto el silencio de los animales como su voz podrían ser el señuelo de nuestro propio sinsentido precisamente por no significar absolutamente nada. Por eso, el sacrificio del lenguaje de los animales es también el sacrificio del vacío que habita todo pensamiento y toda comunicación con el otro. Según Lemm, si algún grado de comunicación fuera posible, ésta sólo podría comprenderse en la continuidad entre nuestra lengua y la lengua inarticulada, o simplemente silenciosa, del animal.

El texto concluye con la expectativa de que el legado de Nietzsche cifre la esperanza de una biopolítica afirmativa. El porvenir depende de la capacidad humana para autosuperarse, y esta superación, lejos de ser un perfeccionamiento de lo humano, emancipado de su pasado animal, es, por lo contrario, la revivificación de dicho pasado, en el que lo animal representa un reservorio de fuerzas creativas. Lemm considera que la concepción nietzscheana de la

animalidad en el hombre, no solo socaba los fundamentos de las ideologías totalitarias, sino que, al orientarse hacia una pluralización incontrolable de formas de vida, constituye las bases del nuevo humanismo que buscaba Arendt (p. 358), al mismo tiempo que la resistencia contra las formas contemporáneas de dominación biopolítica.

Existe, quizá, la posibilidad de que en el futuro este libro supere su propio proyecto, y en la tentativa de pensar la potencia de lo animal en el hombre, alcance a vislumbrar a ese otro radicalmente otro que es el animal en sí mismo. Como sostiene Derrida, lo imposible no puede ser pensado pero sí soñado. Tal vez, ese animal sea aquello con lo que *La filosofía animal de Nietzsche* sueña.

Evelyn Galiazo
Universidad de Buenos Aires